

LA UNIVERSIDAD DE MURCIA, O CÓMO APRENDÍ A SER DISCRETO

Me llamo Pencho y soy de lo más importante de la historia murciana. Sí, sí, como lo oyen. Lo que pasa es que yo soy muy discreto, aunque eso lo aprendiera con la edad. Nací en la huerta. Pero en la huerta, huerta. Madre estaba ahí tan entretenida con sus verduras que, aunque estaba de parto, siguió regando y quitando mala hierba, y me tuvo ahí entre coliflores y patatas. Padre decía que yo era muy impaciente. ¡Mira quién fue a hablar! ¡El que antes de abrir la boca ya me había soltado un mamporro! Descanse en paz, padre, pero más en paz me quedé yo cuando usted se fue.

Pues eso, en la huerta pasé mis primeros años. Pero bien adentro y desde el principio yo sabía que me esperaba una vida mucho más importante. Por eso cuando mi padre dijo que tenía un trabajo para mí, no me lo pensé y salí de casa con lo puesto. Y con lo puesto volví a entrar, tras el porrazo de mi padre, para coger una bolsa con ropa que mi madre me había preparado. Y así, con 12 años, marché a la aventura.

Mi primer trabajo fue en la prensa. “El Liberal” se llamaba mi periódico. Todo el día me tenían de aquí para allá llevando mandaos, recogiendo sobres y mensajes y entregándolos a los que los entendían más que yo, que no sabía ni leer. Don Pedro, el director del periódico, era muy bueno conmigo. Decía que eso de los mamporros no estaba bien, que padre tenía que aprender a dialogar conmigo. Yo pensaba que padre no dialoga con nadie, que como mucho berrea y eructa, pero no quise decir nada, que don Pedro era hombre de modales y no

quería que me echara. Era un hombre muy culto, y pensaba que todos los murcianos debíamos llegar a serlo también. A mí todo esto me lo contaba mientras me enseñaba a leer y escribir. ¿Para qué, os preguntaréis? Pues no lo sé. Pero como era él o Don Frasco, el cura de San Bartolomé, que se parecía mucho a padre sólo que más joven y fuerte, pues me quedé con don Pedro. Si tenía que aprender igual, prefería que no me salieran moretones.

Cuando cumplí los 14 años, don Pedro solo hablaba de lo mucho que necesitaba Murcia una Universidad. ¡Anda que no estaba pesado ni nada! Un día me preguntó qué podía hacer para que los murcianos se dieran cuenta de lo bueno que podía ser para ellos poder acceder a estudios superiores sin tener que mudarse a cualquier otra ciudad lejos de aquí. Yo le dije que si el problema era que los murcianos no lo sabían, la solución era bien fácil: para algo estaba él de director del periódico. Porque de los liberales y conservadores no entendía yo mucho, pero que el periódico servía para informar a las personas, eso sí lo sabía. Y ahí que se puso don Pedro, dale que te pego con la Universidad de Murcia. Y a él se sumaron otras personas: el nuevo alcalde, el señor Albaladejo, más políticos, gente de letras y de ciencias, y después los zapateros, sastres, floristas y demás tunantes. Y periódicos de Cartagena e incluso de Alicante. Y al final, en la primavera del año siguiente, don Pedro marchó a Madrid. Por supuesto, allá que me fui con él. Bueno, con él y con otros caballeros, todos con pinta de ser muy listos y muy cultos y muy importantes, aunque yo no conocía a nadie. Pero claro, es que yo siempre he sido muy malo para las caras. Todos los bigotes son bigotes, y todas las caderas son caderas. Quizá si viera a un hombre sin un brazo, o a una mujer sin pierna, me acordaría.

Y en Madrid, Murcia consiguió su Universidad. Tras muchas horas en un sitio al que tuve la suerte de no volver, pues casi muero del aburrimiento, las personas encargadas de defender la educación superior en Murcia lograron su objetivo. ¡Madre mía, la que se montó! Cuando llegamos a la estación, todo estaba lleno de banderas y de gente que gritaba y ¡hasta una banda de música! ¡Con su uniforme de gala! Yo me sentía como un general. ¡Qué digo un general, como un marqués! ¡Como el mismísimo rey Alfonso XIII! Que poco reinado le quedaba, por cierto. Yo sabía que aquella gente estaba allí por mí, y estaba a punto de gritarlo a los cuatro vientos cuando vi la cara de don Pedro: le lloraban los ojos. ¡Ay, si le llega a ver padre! Por muy director que sea, le sacude hasta dejarlo sin lágrimas. Pero a mí me pareció que en esas lágrimas se iban sus preocupaciones porque había conseguido su sueño. Así que le dejé disfrutar de la fama. Y esa fue la primera vez que logré ser discreto.

Algo más tarde, cuando ya me había cansado de ser recadero, don Pedro me ayudó a llegar a la Universidad. ¡Sí, señores! A la Universidad. Porque no sé si ustedes lo saben, pero la Universidad necesita un bedel. Y yo, que ya era todo un hombre, y sabía leer y escribir perfectamente, era la persona adecuada para un trabajo de tanta responsabilidad. Fue una época curiosa la de la Universidad. Mucho hombre, poca falda. Conocí a una muchacha muy simpática. Gabriela se llamaba, y le pregunté si no tenía más amigas que fueran con ella a clase. Pero me dijo que era la primera mujer que se matriculaba en esa Universidad. Pues menudo chiste. Con cara de higo me quedé yo hasta que comenzaron a llegar, muy poco a poco, otras chicas. Yo no quería intimidarlas con mi secreto mejor guardado: ellas iban a la Universidad gracias a mí. Y aquella fue la segunda

vez que fui discreto. Aunque eso no quita que les dijera algún piropo de vez en cuando. Dos alumnas más conocí que me causaron gran impacto: Clara y Carmen. Clarita, defensora de la mujer y de las ideas republicanas. ¡Esa muchacha quería revolucionar España! Por eso no me extrañé cuando, en 1931, clamaba a voz en grito a los hombres del Congreso:

- Tenéis el derecho que os ha dado la ley, la ley que hicisteis vosotros, pero no tenéis el Derecho Natural, el Derecho fundamental que se basa en el respeto de todo ser humano, y lo que hacéis es detentar un poder; dejad que la mujer se manifieste y veréis como ese poder no podéis seguir detentándolo.

¡Menuda era Clara cuando se ponía así! Carmen era otro cantar. Cartagenera, llegó a la Universidad en 1927, y tenía un manejo de la lengua castellana que habría pasmado al mismísimo Cervantes. Carmen era más de alma y corazón que de espíritu guerrero. La primera mujer en llegar a la Real Academia Española. En 1979, cuando fue admitida, recibí yo una copia de su discurso de ingreso. “Poesía ante el tiempo y la inmortalidad”. Esta chica sabía arrancarle el corazón a uno. «En los sueños no hay mañana, es todo ahora...», decía citando a Machado. Y yo sé que eso iba para mí, que siempre le hablaba de mis sueños de grandeza. Esa fue la tercera vez que fui discreto. Preferí guardar ese secreto para Carmen y para mí.

Un muchacho algo mayor que yo fue nombrado rector de la Universidad en 1918. Por lo visto, el que fuera elegido pilló a mucha gente de sorpresa, y

cabreó a unos cuantos. Don José Loustau. Era experto en ciencias, más concretamente en piedras y plantas. “Mineralogía y botánica”, como lo llamaba él. ¡Qué palabras, madre! Me enseñó a usar un microscopio, aunque a mí eso de los microbios me daba un poco de miedo. Yo estoy convencido de que don Pedro le contó el gran aporte que hice a la sociedad murciana, pero nunca hablamos del tema abiertamente. Algunas veces venía a la portería y comentábamos asuntos de la Universidad. Andaba siempre preocupado: que si el dinero, que si la variedad de estudios no era suficiente, que si quería más profesores... Luchaba con uñas y dientes para conseguir lo mejor para su Universidad. Y claro, yo escuchaba y le aconsejaba como buenamente podía. Como aquella vez, en 1924, en que le convencí para contratar a una mujer como profesora en la Universidad. María Moliner. Entró en un mundo de hombres sin miedo ninguno. Yo iba a casarme con ella, seguro que mis hazañas la habrían conquistado. Pero un catedrático de Física se prendó de ella de tal manera que tuve que renunciar al amor. Fui discreto por cuarta vez, la más difícil. Curioso es el amor, que encandila al hombre más que la misma gloria.

Una sola vez no me hizo caso don José, y fue con el asunto de don Luis Jiménez de Asúa, que tuvo la disparatada idea de dar una conferencia sobre un tema que no gustó demasiado a las altas esferas. Unas cosas y otras pasaron, hasta que desde Madrid se anunció que cerrarían la Universidad de Murcia. ¡La gente estaba rabiosa! Cerraron los comercios, las clases fueron suspendidas, y todas aquellas personas, cuya ilusión había crecido tanto como un melón en Junio, se lanzaron a la calle a protestar. Yo estaba ahí, desafiando al puño de hierro que quería aplastar el futuro de miles de murcianos. Finalmente don José,

con mucha pena en el corazón pero la cabeza bien alta, dimitió de su puesto. A pesar de tener el alma bañada en tristeza, la ciudad de Murcia no se rindió. De nuevo un grupo de personas importantes marchó a Madrid. Aunque esta vez no pude acompañarlos, fui a la estación a despedirles como héroes que eran.

Y en esa estación conocí a Marina, que habría de ser madre de mis hijos y el gran amor de mi vida. Era estudiante de la Escuela Normal de Maestras. Caí rendido a sus pies, y ella se llevó tal susto que a punto estuvo de llamar a la policía a gritos allí en medio de la estación. Tras mucho intentarlo, aceptó tomar un café conmigo. Y muchos días y muchos cafés y muchas bofetadas tras intentos de besos fallidos, finalmente Marina se convirtió en mi esposa. Con ella nunca fui discreto, aunque tengo la impresión de que no creyó una sola de mis palabras, pues decía de mí que era un “gran contador de historias disparatadas”.

Para entonces don José había regresado a su puesto de rector. Durante el breve tiempo que estuvo ausente, le sustituyó don Recaredo, buen hombre y defensor de don José, aunque no tuve mucho tiempo para tratar con él, tan ocupado estaba en enamorar a la mujer de mi vida. Don Recaredo tuvo a bien redactar un documento que, según Marina, era una joya: la Crónica General de la Universidad de Murcia. Pedí a don José que me explicara en qué consistía ese documento, pues no quería que mi esposa pensara que era tonto. Don José rió, pero accedió gustoso. Con él iba a menudo don Mariano Ruiz – Funes. Era todo temperamento, aunque no había mayor defensor de la universidad que él.

Mi Perico nació en 1931 y mi Araceli en 1933. Aquel año conocí ni más ni menos que a don Niceto Alcalá - Zamora, presidente de la República. Don José

me presentó como “Nuestro indispensable bedel y fiel consejero don Fulgencio”. Don Niceto me felicitó por la labor desempeñada por y para la Universidad. Aquella fue la quinta vez que fui discreto: no hay nada que un presidente de Gobierno no sepa, así que hinchado como un pavo real, decidí no preguntarle a cuál de mis aportaciones se refería. Poco después estalló la Guerra Civil. Poco puedo decir sobre lo que ocurrió en la Universidad en esa época, pues fui enviado al frente. De vuelta en Murcia tras la guerra, no se me permitió regresar a mi antiguo puesto, pero logré un puesto de bedel en la escuela en la que trabajaba mi mujer. ¡Benditos niños! Sabios a su manera, notaban que yo era alguien importante y como tal me trataban. La discreción se había apoderado de mí y nunca fardé de mis hazañas delante de ellos. Bueno, quizás alguna vez, pero pocas. La cabra siempre tira al monte, ya se sabe.

Siempre que podíamos visitábamos la Universidad vieja, la del Barrio como la llamaban. Pasábamos por la plaza de la Media Luna junto al Colegio Mayor, y también por el nuevo edificio adquirido por la Universidad junto a la iglesia de la Merced. Recordábamos aquellos años en compañía de gente luchadora y fiel a sus ideas. A ellos y al pueblo de Murcia debo que mi hijo Perico sea abogado, y que mi Araceli sea licenciada en Química. Y que mis nietos y los nietos de mis nietos vayan a tener la oportunidad de cursar estudios superiores. A esas personas doy, de corazón, las gracias, no sólo porque me ayudaron a ser discreto, sino porque me permitieron, con mis aportaciones, ser una persona fundamental en la historia de la Universidad de Murcia.

Tata Varela